

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE

Debate: Crónicas desde el Submarino Amarillo.

Las notas que se transcriben parcialmente a continuación, se presentan bajo la respetabilidad de la palabra "Debate". Postulan, al menos, en su intención y ánimo, a alcanzar tal dignidad. Sus antecedentes provienen sin embargo de una estofa menos distinguida, una que suele más bien encontrarse al interior del género panfletario, ralea de texto que reconocemos como lejana de lo académicamente correcto. La primera crónica del Submarino Amarillo pretendió ser una metáfora panfletaria, un juego anacronista, una cronotopía extraída de la década de los 60, recogida en los desvanes del olvido como un "object trouvé" para re-situarla en nuestro fugaz presente. Reconozco que, al menos, tal operación debió auto-explicitarse evitando así interpretaciones equívocas. La distinción entre los objetos recogidos en las trastiendas culturales olvidadas y lo que allí queda como residuos desechables, puede ser muy tenue. La explicación va ahora, a sabiendas que no tendrá el valor de un "explicandum" formal.

En la década de los 60, el Yellow Submarin representaba una forma disconforme de estar en el mundo que rehusaba revestirse de presencias institucionalizadas y se negaba a permanecer en las demarcaciones y estriajes del mundo formal. Era una manera de no estar, una deriva o una línea de fuga, un ocultamiento lúdico, no confrontacional, que conducía a sumergirse en las posibilidades nomádicas que brinda la lisura de las profundidades del mar, en busca de sus propias odiseas. Constituía así, una forma de reconocimiento de la condición existencial encapsulada del ser en su intra-subjetividad, desde la cual debía iniciarse toda auténtica aventura de liberación.

Había también una construcción de mirada. Una forma psicodélica, deliberadamente ficcional, trastocada o irreal de mirar el mundo y de mirar al otro. Ciertamente, bajo la superficie del mar, inmerso en su infinito cuerpo líquido, la visión periscópica se constituye en la única manera lejana de ver ausentemente, sin tomar contacto efectivo con las realidades establecidas bajo la claridad del sol. Posiblemente la persistencia de este perlongar fue también responsable del clivaje evasivo que entonces condujo a la auto-extinción de los trayectos submarinos. Sus límites estaban en su propia actitud: la búsqueda de la libertad errante finalmente atrapada en el ojo único, polifémico, del periscopio; el cromatismo amarillo contradiciendo la propia posibilidad de la mimesis con la fisonomía del entorno

¿Porque una cronotopía que busca traer hasta nuestro presente, lo que en la década de los sesenta llegó a ser una utopía cultural?. Ciertamente no es académicamente

correcto emerger con la propia subjetividad pintada de amarillo en el paisaje institucional en que hoy uno convive con sus pares ¿Con que autoridad, alguien puede auto-otorgarse el derecho a hacerlo, implicando con ello a otros ?. Es que el submarino amarillo, es por el designio de su cuerpo un objeto concebido para apariciones súbitas y literalmente emergentes. No se mueve por derecho, sino por el impulso de su incredulidad. Por ello se encuentra también expuesto a las merecidas y certeras cargas de profundidad que arrojan los navíos de gran calado que cruzan las seguras rutas de la certeza. En un mundo en que tales rutas se han tornado inciertas frente a la tormenta de la postmodernidad, en que lo correcto y lo incorrecto debe ser deslindado en cada instante, puede no ser tan inusitado que decida emerger la inocuidad de un Submarino Amarillo.

En lo que sigue, presentaremos una de dos ana-crónicas. La primera, con las merecidas y certeras cargas de profundidad que recibió, no puede por ahora publicarse aquí. Se transcribe la segunda, aunque aún no recibe sus correspondientes réplicas.

CRÓNICAS DESDE EL YELLOW SUBMARINE
28 de Julio de 2004

Investigación en arquitectura. La pregunta por la originalidad de la idea.

En los formatos de evaluación de proyectos presentados al Concurso Regular del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico FONDECYT, se incluía una pregunta específica a considerar por el evaluador, referente a la “originalidad” del proyecto”. A mayor “originalidad” mayor mérito y mayor puntaje.

Posiblemente fuese éste el aspecto más difícil de considerar en términos evaluativos. La idea de originalidad se asocia, en primera instancia a la aparición de lo nuevo, al fruto de una novación. El concepto tiene un prestigio enorme. Se torna central y excluyente. Pareciera que ninguna otra virtud pudiese constituirse sin ella. Si faltara la originalidad no cabría más que agachar la cerviz y ocultar los ojos colmados de vergüenza. La pregunta por la originalidad de la idea, nos sitúa entonces en una dialéctica de confrontación entre la originalidad y lo convencional, entre la novedad y la tradición. Si así fuese, la originalidad emergería como un acto de discordia, de rivalidad, de divorcio, de contracorriente. La originalidad se reconocería entonces por el efecto secundario de poner en cuestión lo que se encuentra establecido como certeza en la tradición.

Pero ¿cómo podría haber algo novado que sea al propio tiempo sin precedentes de originación, algo que se presente, tan sólo, como súbitamente “aparecido”? ¿Cómo considerar lo nuevo sino en el marco de su dialéctica con lo viejo?. ¿No debemos pensar más bien en la emergencia de lo nuevo, cómo un emerger desde un trasfondo genealógico o etimológico?. ¿No es más bien esa genealogía

lo que presta a la idea emergente su originalidad e incluso su prestigio?. ¿No será que lo nuevo y lo viejo sólo existe cuando pueden vivir juntos? ¿No será, entonces, que la comprensión del mundo radica en esa convivencia?, ¿No será que la pregunta por la originalidad de la idea puede, muchas veces estar corrupta por el prejuicio que concibe la tradición como una entidad muerta, o a la que se le atribuye una incompetencia congénita para interrogarse a si misma o preguntar y mirar hacia el horizonte?

La experiencia habitual del investigador, cuando explora la región lingüística a la que ha llegado y avanza en la discusión bibliográfica de las materias que confluyen en su trabajo de tematización, es que hay ya muchísima genealogía y etimología elaborada en los discursos sobre el tema y que, las más veces, la estructura misma de la tematización, ya ha sido organizada y reorganizada de modos similares o análogos, incluso mejores que el que uno tenía previsto.

Consideremos un ejemplo: un proyecto emprendido en nuestro medio que se posiciona en el cauce de las vinculaciones entre Arquitectura y Política¹. Posiblemente sea ésta la región temática más antigua y prestigiosa configurada en la investigación y reflexión, no sólo de la disciplina arquitectónica, sino de mucho de la investigación histórica y arqueológica de todos los tiempos.

La idea de que el poder político encuentra diversas formas de correlato en la arquitectura y especialmente en aquella que busca lucir su poder litúrgico, es algo que han sabido siempre los Estados, desde de las más remotas teocracias de la antigüedad. Tal ha sido también un reiterado e insaciable interés de la cultura contemporánea nor-occidental, la que, atendiendo más a la tradición de sus paradigmas conceptuales que a una pretendida originalidad novativa, sigue indagando y encontrando ideas nuevas, aún “sin esperanza” alguna de detenerse, porque el juego consiste en no alcanzar jamás la meta de completar el cuadro de la vida, pasión y muerte de las relaciones carnales entre Arquitectura y Política en las civilizaciones extinguidas y en las actuales.

Ha sido la Europa del siglo XX en donde el afán por reconocer las recónditas fibras que vinculan Arquitectura y Política alcanza su máxima expresión. Es posiblemente W. Benjamin quien pone la vara más alta y la exigencia más profunda al pretender alcanzar la lectura del paisaje ideológico de París que subyace en sus monumentos. Luego, la investigación explota como un virus, sin respeto alguno frente a reclamos de originalidad (si acaso los hubo) y se esparce contagiando las distintas construcciones de mirada que se posan sobre la arquitectura del Tercer Reich, del fascismo de Mussolini, o del Stalinismo soviético. El contagio no se detiene allí y se constituye en una visión del conjunto de los totalitarismos reaccionarios del viejo continente. ¿Cómo preguntar por la originalidad de la idea a un madrileño ocupado en el examen de la peninsular estética del franquismo español?

¹ “La interpretación de la arquitectura. Historia de las realizaciones habitacionales de la Corporación de Mejoramiento Urbano en Santiago 1966-1976” Proyecto Fondecyt 1020207 patrocinado por la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje de la Universidad Central de Chile.

El virus se torna finalmente trans-atlántico. La investigación arquitectónica hacia mediados del siglo XX comienza a mirar cómo las estrategias fundacionales del poder colonial hispanoamericano hicieron de la Arquitectura, asentada sobre los escombros de las edificaciones de las civilizaciones precolombinas, un aliado profundo de su poder político, eclesial y militar. Posteriormente, ya en el mundo republicano, el ímpetu investigador crece y se cernie sobre las edificaciones cívicas de la capitalidad urbana de las distintas naciones latinoamericanas, deteniéndose con mirada particularmente inquisitiva en la Brasilia del nacionalismo-populista de Juscelino Kubitshek.

Hay sin embargo, en América un país austral que mira hacia el Pacífico, nuestro país, cuya peculiar atmósfera cultural le ha permitido desarrollar una particular resistencia a diversas formas de virus "incisivo". Como es sabido, éste altera las estructuras conceptuales al interior de las propias "formaciones discursivas", permitiendo así trastocar (o reorganizar) las formas básicas de comprensión del mundo en torno a las cuales se constituye la cultura.

Tal resistencia ha sido particularmente vigorosa en el mundo académico y profesional vinculado a la disciplina arquitectónica. Gracias a su congénita inmunidad, sus comunidades pudieron continuar pensando el proceso de producción del espacio edilicio, sin enterarse de que el "episteme" de la modernidad se había colapsado; que los "grandes relatos" y meta-relatos del logocentrismo nor-occidental habían sucumbido; que por el gran cauce hegeliano del progreso ya solo corría un delgado hilo de agua; que la ciencia y la tecnología habían sido llevadas al tribunal, acusadas de entronización ideológica; que ahora era posible "deconstruir" el mundo; que las hermenéuticas y los estudios culturales habían obtenido finalmente licencia de conducir. Del paso desde el "estructuralismo" al "post-estructuralismo" sólo se escucharon rumores. De las ocurrencias de la filosofía y de la estética de la postmodernidad, simplemente nadie supo. Fue tan sólo a mediados de la década de los 90 que, los más rezagados, empezamos a enterarnos de lo que había sucedido. Pudimos así empezar a tomar conciencia de lo que estaba pasando con nuestra reflexión. Aquello que empezábamos a barruntar y que saboreábamos como originalidad, resultó que era ya arqueología en un mundo en rápida transformación, que hoy empieza a definirse como "*post-fukuyama*".

Nuestra modernidad periférica y nuestras agendas de tareas modernizadoras habían sobrevivido virtualmente incólumes, sin enterarse de las tormentas epistemológicas que azotaron el centro del imperio occidental. Tuvimos aquí nuestras propias turbulencias y nuestras propias renovaciones localistas. No tenemos, por tanto, angustias para integrarnos con entusiasmo al mundo de las propuestas neo-objetivistas y a las empresas neo-pragmatistas del capitalismo mundial integrado y su impulso globalizador.

Dadas estas circunstancias, la cepa europea del virus "incisivo" logró posarse con bastante dificultad en el ámbito académico local, no obstante encontrarse nuestros universos de reflexión arquitectónica desprovistos de barreras exigentes en cuanto a originalidad. Se nos ocurrió pensar que debíamos empezar nuestro propio interrogatorio a los relatos que conforman nuestras tradiciones de comprensión de la realidad que nos constituye, que debíamos hacer nuestro

propio trabajo arqueológico. W. Benjamín se nos apareció como un profeta. Bien valía la pena ampararnos entonces en la prestigiosa tradición del pensamiento europeo que escudriña los nexos entre Arquitectura y Política y a la cual nunca se le habían hecho reclamos de originalidad.

No obstante, dentro de esta macro-región temática, nos vimos forzados a marcar la diferencia. No pudimos ocuparnos de la estética, que ya no de la ética, de nuestra dictadura pinochetista, porque simplemente no la tuvo, en ningún respecto. La “an-estética” de la arquitectura la puso, por aquí, el ímpetu local del neoliberalismo triunfante (y continúa haciéndolo). Así las cosas, hubimos de posar la mirada en los últimos momentos del ciclo republicano que concluye en 1973. Esto tampoco tiene nada de original, pero nadie ha pensado en reclamar por ello. Es nuestra liturgia. Toda la reflexión nacional incluye alguna referencia detenida al respecto. Son elementos necesarios del proceso de reestructuración de nuestra trastocada historicidad.

Quizás, lo que aquí, desde nuestra actualidad, marque alguna diferencia, no es más que haber vuelto la vista hacia una Arquitectura que, en nuestro medio, aparecía dotada de inmovibles significados políticos convencionalizados y rotulados: *la vivienda social, los cuadros habitacionales impulsados desde el dominio público son expresión de las responsabilidades del Estado frente a las malas condiciones habitacionales en el país, son la respuesta posible de la sensibilidad gubernamental frente a la penuria de vivienda.*

Al “deconstruir” aseveraciones de este orden, tomando como referencia, en nuestro país, la acción de la CORVI 1952-1976 y la acción de la CORMU 1965-1976, surgen relaciones entre Arquitectura Habitacional y Políticas Sociales, entre Espacio Urbano e Ideología, las que invitan a ser re-comprendidas. No hemos hecho más que seguir los términos de esta intimación. Lo demás no es sino el trabajo de construcción de mirada a partir de una exploración del instrumental analítico generado en el marco de una post-modernidad que nunca pasó verdaderamente por estas latitudes.

Alfonso Raposo
Corresponsal